

Gran Angular

**En medio
de la noche**
Robert Cormier

EL
CLAN

*de la mano
embrujada*

Denny Colbert no lleva la vida de un adolescente normal: su familia se ha mudado varias veces, y no precisamente por gusto; sus padres le protegen demasiado del mundo exterior, y, sobre todo, le prohíben coger las llamadas telefónicas.

Denny está acostumbrado a que su padre pase las noches despierto, contestando el teléfono. Y aunque desde pequeño sabe que un desgraciado accidente marcó la vida de su padre, no puede sospechar el horror y la miseria que se esconden tras el recuerdo de algo que pasó hace mucho tiempo.

Hasta que un día se atreve a descolgar el teléfono: alguien ha decidido que ahora va a jugar con él.

Y O y mi hermana. Mi hermana y yo. A lo largo de todos estos años, siempre nos hemos apoyado el uno al otro, aunque a menudo discutimos sobre las cosas que ella se empeña en hacer. Las llamadas telefónicas, por ejemplo. Yo no le impedí que las hiciera, aunque no eran de mi agrado. Pero ahora quiere llamar al chico en lugar del padre.

Voy a apuntar todo esto. Nunca he llevado un diario ni nada por el estilo. Me bastaba con mis pensamientos y mis recuerdos, pero ahora que mi hermana parece decidida a salirse con la suya, creo que es necesario anotar todo. ¿Por qué? Por mi propio bien, para dejar mi propio testimonio, en caso de que ocurra algo.

–Deja de fingir –dice ella–. Sabes perfectamente lo que va a ocurrir.

Yo hago como si no la oyera. No contesto.

–¿O acaso no lo sabes? –insiste.

¿Qué es lo que no sé? Contestarle, cuando no estoy dispuesto a dejarme involucrar en sus planes, aunque sé que no seré capaz de oponer resistencia.

–¿Acaso no sabes lo que va a ocurrir? Piensa en lo que me pasó a mí. Yo soy la que tuvo que pasar por todo esto.

Mi hermana se llama Louise, pero todos la llaman Lulú porque de pequeña no sabía pronunciar debidamente su propio nombre. Sonaba más o menos como «lulú».

Siempre hemos pasado mucho tiempo juntos. Aunque apenas me lleva un año, ella me trataba como un bebé. Solía llamarme Pequeño cuando nací, y ahora sigue llamándome igual.

Incluso cuando era una cría, se comportaba como si fuera mi madre. Le encantaba tocarme. Hacerme cosquillitas y acariciarme. Solía agarrarme con fuerza y darme golpecitos y masajes, y a mí eso me volvía loco: primero intentaba aguantar la risa, pero después me echaba a reír a carcajadas hasta que, al final, siempre sentía ganas de vomitar.

—¡Para, para! —solía suplicarle, y al cabo de un rato mi hermana dejaba de hacerme cosquillas, me abrazaba y me estrujaba, me besaba las mejillas con besos húmedos, a veces mezclados con lágrimas, y me decía que me quería más que a nadie.

—Siempre cuidaré de ti, Nene —solía decirme—. Jamás te abandonaré.

Y yo la creía.

Al morirse nuestros padres, nos fuimos a vivir con la tía Mary. La tía Mary era la hermana de mi madre. Nunca se había casado, era profesora y daba clases en el colegio de Saint Luke. Todos los días, nada más salir de clase, entraba un ratito en la iglesia que estaba pegada a la escuela. Por la noche, antes de acostarse, rezaba tres rosarios, arrodillada en el suelo. Llevaba la casa como llevaba las clases: un tiempo para cada cosa. Nuestro tiempo era de siete a ocho. Mi tía nos dedicaba esa hora a Lulú y a mí, y nosotros se la dedicábamos a ella. Le leíamos libros o representábamos para ella alguna de las obras de teatro inventadas por Lulú, que solían consistir en una adaptación de alguna película o serie de televisión. Como, por ejemplo, aquella escena final de una vieja película llamada *Cumbres Borrascosas*, en la que ella hacía de Cathy moribunda

y yo era Heathcliff y, una vez muerta Cathy, tenía que levantarla de su lecho y acercarla a la ventana. Siempre se me doblaban las rodillas al alzarla de la cama, y mi hermana se enfadaba conmigo y yo con ella porque no quería que se muriera, ni siquiera en una obra de teatro. A veces, Lulú escogía una comedia porque le encantaba hacer reír a la tía Mary. La verdad es que no era frecuente verla reír, y Lulú se ponía contentísima cuando nuestra tía de pronto soltaba una carcajada. La tía Mary se reía sobre todo cuando Lulú ponía en escena su propia versión de una vieja telecomedia llamada *I love Lucy*. Ella hacía de Lucy, claro está, y yo era Ricky Ricardo, y mi hermana me obligaba a intentar poner su acento.

La tía Mary era nuestra madre y nuestro padre y todos nuestros tíos y tías reunidos en una sola persona. Nuestra familia se componía únicamente de nosotros tres. Nuestros padres murieron cuando aún éramos muy pequeños. Yo no tengo ningún recuerdo de ellos, pero Lulú dice que ella sí. Cuando veía que me sentía triste, Lulú me contaba historias de nuestros padres. Me contaba que les encantaba bailar. Que solían poner la radio o escoger un disco y que bailaban en la cocina y flotaban abrazados de habitación en habitación, o que se deslizaban por el sintasol de la cocina sin apenas rozar el suelo con los pies.

—¿Cómo puedes acordarte de eso —le preguntaba—, si yo no me acuerdo?

—Será porque soy más lista que tú —respondía ella.

—Pero si solo tenías dos años cuando murieron papá y mamá.

—Puede que solo tuviera dos años, pero era una chica lista —replicaba Lulú—. ¿Sabes qué? Hasta me acuerdo de cuando salí del vientre de mamá. Y me acuerdo de que me dieron un cachete. No veas qué dolor... —luego se echaba a reír.

Yo nunca sabía si todo eso eran cuentos inventados por ella o no, pero el caso es que me encantaba oírla des-

cribir a mi madre y a mi padre bailando por las habitaciones de la casa.

—Su canción preferida era *Blue Christmas*, de Elvis Presley. Todo el mundo escuchaba *White Christmas*, de Bing Crosby, pero ellos siempre ponían la de *Blue Christmas* y revoloteaban por toda la cocina.

—Pero *Blue Christmas* es una canción triste —decía yo—. Las letras son tristes y la música también.

—Pues *White Christmas* tampoco es muy alegre que se diga —contestaba Lulú—. Puede que les gustaran las canciones tristes porque presentían lo que les iba a pasar.

Yo envidiaba a Lulú por recordar tantas cosas. Incluso si todos esos recuerdos eran inventados, la envidiaba por su capacidad para hacerlos parecer tan reales.

Vivíamos en el segundo piso, justo debajo de los Denehan y sus seis hijos. Eileen Denehan era la mejor amiga de Lulú. Yo no era el mejor amigo de ninguno de los Denehan. Metían mucho ruido y eran unos gansos. Se pasaban el día correteando de aquí para allá, pero a ninguno de ellos le gustaba leer y nunca los vi acercarse a la biblioteca. Los hermanos de Eileen —Billy, Kevin, Mickey, Raymond y Tom— jugaban al béisbol, y Lulú solía meterse con ellos sugiriéndoles que se dedicaran al baloncesto porque así podrían formar su propio equipo. Ellos me ignoraban y yo nunca me molestaba en mirarlos. De todos modos, yo tenía a Lulú. Y Lulú me tenía a mí. Aunque también tenía a Eileen. Eileen era la más despierta de todos ellos, y la más traviesa.

Era como Lulú. La una acababa las frases de la otra y les encantaba hacer chistes ridículos sobre animales. ¿Por qué las jirafas tienen el cuello tan largo? Porque les huelen los pies. Creo que esos chistes tontos en el fondo eran algún tipo de código, aunque nunca se lo he preguntado a Lulú.

Fue Eileen quien nos habló del gran espectáculo de *Halloween* que se iba a organizar en el Teatro Globe. Había números de magia y cantantes y bailarines y malabaristas, y un año incluso trajeron a un funámbulo que cruzó la sala de un extremo a otro por encima de las cabezas de los niños.

–Pero el número de plazas es limitado –dijo Eileen–. Y solo dan entradas a los desfavorecidos.

–¿Qué quiere decir «desfavorecido»? –preguntó Billy, el hermano de Eileen.

–Pobre –contestó Eileen.

–Yo sé lo que quiere decir «desfavorecido», y nosotros no lo somos –dijo Lulú.

–Sí que lo sois –replicó Eileen con esos aires de sabe-todo idénticos a los de Lulú. Aunque supongo que ése era precisamente el motivo por el que eran tan amigas.

–Desde luego, para mí divertirse no consiste en asistir a un espectáculo rodeada de un montón de críos histéricos –dijo Lulú.

Y luego se fijó en mi cara. A mí sí que me fascinaba la idea de ver a un mago hacer sus trucos en directo, subido a un escenario, y no en la tele.

–Vale –dijo Lulú–. Si hemos de ser desfavorecidos para ver este espectáculo, lo seremos y punto.

Más tarde, en nuestro rato de siete a ocho con la tía Mary, Lulú dijo:

–Ya sé que en el fondo no se nos puede considerar unos desfavorecidos, pero nos gustaría ir a ver el espectáculo de *Halloween* del que nos ha hablado Eileen, la chica del tercero.

–¡Ay, sí! Ya sé de qué se trata –contestó la tía Mary–. Es una especie de tradición aquí en Wickburg. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes llevaros a ese espectáculo?

Luego se echó a llorar.

–¿Veis todo lo que os perdéis por ser criados por una vieja solterona?

Las lágrimas que recorrían sus mejillas parecían burbujitas de jabón a punto de estallar.

—No hace falta que seáis unos desfavorecidos para asistir a ese espectáculo: los dos reunís las condiciones para entrar. Porque sois huérfanos, pobrecitos míos.

Ahora lloraba de verdad: tenía las mejillas embadurnadas y le goteaba la nariz. Lulú le pasó un *kleenex*.

Unos huérfanos, eso es lo que éramos Lulú y yo.

Apenas teníamos dos años aquella noche en que mi madre y mi padre decidieron ir a un autocine. Por lo general, no solían ir a los autocines porque ahí es donde ponían las películas de miedo y donde los jóvenes iban a darse el lote y donde los listillos tiraban palomitas a diestro y siniestro y bebían cerveza sentados en el capó de sus coches. Pero, según mi tía Mary, mi padre era un tipo sentimental. Como mis padres habían ido a un autocine la primera vez que salieron, mi padre convenció a mi madre para volver allí. Para recordar viejos tiempos. Pero aquella noche los listillos se pasaron de listos: debían de estar borrachos o, tal vez, ciegos. Fueron formando un corro alrededor del coche de mis padres y empezaron a sacudirlo y a aporrear el capó, y mi padre bajó la ventanilla y les dijo que pararan. Cuando mis padres decidieron marcharse, aquellos tipos cogieron sus coches —dos o tres en total— y empezaron a seguirlos por la carretera comarcal dándoles topetazos y adelantándolos con muy poco margen. Entonces mi padre perdió el control y el coche se empotró en un árbol. Lulú dice que parecía un acordeón roto.

Lulú pretendía recordar la noche en que mis padres fueron al autocine. Según ella, mi madre llevaba un vestido azul de lentejuelas como si fuera a un baile de disfraces y mi padre se había puesto una camisa blanca y su mejor corbata, azul con listas rojas. Lulú dijo que se los veía guapos y radiantes y que eso era algo que merecía la

pena recordar. Pero estoy convencido de que solo me lo decía para hacerme sentir bien.

El caso es que fue así como nos convertimos en huérfanos y acabamos viviendo con la tía Mary.

A Lulú nunca le gustó viajar en autobús. No soportaba ese olor a tubo de escape que, según ella, siempre se filtraba por el suelo, así que daba igual que las ventanas estuvieran abiertas o cerradas.

El bus iba abarrotado de gente y todos menos Lulú estaban emocionados con la idea de asistir al espectáculo del Globe, que, al parecer, incluía la actuación de un mago capaz de hacer desaparecer a las personas. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo, y unos tres o cuatro críos cantaban una estúpida canción sobre un pato. Lulú, Eileen y yo íbamos apretujados –yo en el medio– en un solo asiento. Eileen me ignoraba como de costumbre y sus hermanos hacían otro tanto. No paraban de recorrer el pasillo de un extremo a otro sin hacer caso al conductor, que rogaba a todos que se quedaran sentados. Eileen no se podía creer que yo llevara conmigo un libro, una edición de bolsillo que me había metido en la chaqueta creyendo que nadie la vería. Yo siempre llevaba un libro encima, fuera a donde fuera.

Cuando llegamos al Globe, nos encontramos en la fachada del teatro con un enorme cartel en el que se veía un mago con aspecto malvado y con las manos embadurnadas de sangre. Todos los ocupantes del autobús, incluidos los hermanos Denehan, se quedaron pasmados y se callaron por un instante.

–Todos en fila india –ordenó el conductor del autobús, y todo el mundo le obedeció a la primera.

Lulú me cogió de la mano, aunque yo ya iba detrás de ella.

—¿Has traído los vales? —preguntó Lulú, mirándome por encima del hombro.

Yo asentí: tenía vales para golosinas y para un refresco gratis; por supuesto, los había puesto a buen recaudo en mi bolsillo. Una vez dentro, Lulú me dijo que buscara tres buenos sitios, mientras ella canjeaba los vales.

—Chocolate —le dije por si acaso daban a escoger entre distintos sabores de helado.

Me abrí camino a codazos entre los críos que correteaban en todas las direcciones gritando y riéndose y encontré tres asientos a medio camino entre la entrada y el escenario. Sabía que no iba a poder seguir leyendo mi libro hasta que volviera Lulú porque tenía que dedicarme a defender las butacas de los niños que aún no habían encontrado asiento.

—Estos sitios están ocupados —tuve que repetir una y otra vez.

El Globe era un teatro de los de antes —no tenía nada que ver con los multicines de los centros comerciales— y los niños apuntaban con el dedo la enorme araña de luces, toda ella compuesta de oro y cristal, que a mí me recordaba una estalactita inmensa. Pero las bombillas no estaban encendidas y la araña colgaba del techo suspendida de una cuerda que se me antojó frágil y delgada.

Lulú me vio observando la araña.

—Tranquilo... —me dijo.

Pero yo no podía dejar de estar nervioso, y Lulú, como siempre, me leyó el pensamiento.

—A mí también me está poniendo nerviosa esa lámpara —dijo Eileen, mirando a su alrededor.

Luego llamó a Billy y a Kevin. Tenían las mejillas coloradas y la roja cabellera toda despeinada de tanto ajetreo.

—¡Conseguí tres butacas en otra parte! —les ordenó Eileen.

Y allá fueron sus hermanos, abriéndose camino a empujones y codazos entre los demás críos. Nosotros nos

quedamos parados en medio de todo ese pandemónium; Lulú y Eileen zampaban palomitas con los labios untados de grasa, y a mí el helado, que se estaba derritiendo, me iba escurriendo poco a poco por los dedos.

–No tenían servilletas –dijo Lulú con cara de asco, mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

Y entonces vimos que Billy nos hacía señas. Seguro que había recurrido a sus tácticas de mano dura, pero, sea como fuera, nos había conseguido tres asientos contiguos, a tres cuartos del escenario, justo debajo del anfiteatro.

–Esto queda muy lejos del escenario –protesté.

Lulú me miró con su expresión de hermana paciente y nos sentamos en nuestras butacas.

Diez minutos después, Lulú estaba muerta.

Y empezaba la pesadilla.

Primera parte

LOS timbrazos del teléfono irrumpieron en la noche arrancándole del sueño, como cuando se quita una tirita pegada sobre una herida abierta. Echó un vistazo al despertador digital: indicaba las 3.18 con números rojos y chillones. Se despabiló de inmediato y pensó: «Ya estamos otra vez. Pero este año empieza antes que de costumbre, mucho antes».

La primera llamada solía ser en octubre, una o dos semanas antes del aniversario. Y, sin embargo, acababa de comenzar el mes de septiembre y aún estaban viviendo las últimas horas de una larga ola de calor. Los ventiladores, que giraban con su pereza habitual en las ventanas del dormitorio, no conseguían sofocar con su ruido el incesante y persistente sonido del teléfono. «Haz que sea alguien que se haya equivocado de número», rezó.

Apoyado en el codo, escuchó con atención, contó los timbrazos, seguidos siempre de una pausa... seis (pausa), siete (pausa)... y oyó los pasos cansinos de su padre, que se dirigía al fondo del pasillo arrastrando las zapatillas. Bueno, no es que realmente lo oyera, sino que sentía cómo su padre avanzaba despacio y a regañadientes, aunque sin detenerse.

El teléfono dejó de sonar de un modo abrupto.

Él siguió esperando, medio sentado, medio acostado, con el codo hundido en el colchón y la frente empapada en sudor. Aguzó el oído, pero no logró oír nada. Al final, se levantó de la cama para acercarse sigilosamente a la puerta —siempre la dejaba entreabierta—, entornó los ojos

y vio a su padre, con los calzoncillos y la camiseta blancos destacando contra la oscuridad, ahí de pie, con el teléfono pegado a la oreja, escuchando atentamente. Se quedó contemplando a su padre un buen rato, sin atreverse a mover ni un solo dedo.

Su padre colgó el auricular y se quedó allí plantado: mudo, solo, petrificado.

Denny supo de inmediato que no había sido ninguna equivocación. Se quedó mirando a su padre, que, a su vez, seguía contemplando el teléfono. Con un leve suspiro, Denny dio media vuelta para volver a la cama; ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, las formas y tamaños iban asumiendo una identidad —el equipo de música, el escritorio en el que solía hacer los deberes, el tablón colgado de la pared—, aunque todo aquello le resultaba frío e impersonal, como la habitación de un hotel. De pronto, le entró un escalofrío y apagó los ventiladores.

Se quedó parado junto a la ventana para observar la calle tranquila, sumida en sombras. El arce de la acera de enfrente parecía una enorme mancha de tinta. En las ventanas de las demás viviendas no se veían luces encendidas. Al fondo de la calle, el letrero luminoso de la tienda de la esquina, que permanecía abierta las veinticuatro horas del día, salpicaba la noche con su colorido. Denny se preguntó qué tipo de persona saldría a hacer la compra a las tres de la madrugada. O se pondría a llamar por teléfono...

Finalmente, volvió a acostarse con el firme propósito de relajarse y tratar de volver a conciliar el sueño. Pero empezó a agitarse cada vez más y a dar vueltas y vueltas hasta que las piernas se le enredaron en la sábana. Luego se puso a pensar en ese terrible día del mes de octubre para el que ya solo faltaban unas semanas, y se juró a sí mismo que esta vez no se quedaría de brazos cruzados como su padre, sin hacer nada. Ya no era un niño peque-

ño. Tenía dieciséis años. No sabía qué haría llegado el momento, pero seguro que haría algo.

–Yo no soy como mi padre –murmuró con la boca pegada a la almohada.

El sueño aún se hizo esperar un buen rato.

La oigo deambular por la noche, agitada, recorriendo impaciente el pasillo. Estoy acostado en la cama sin moverme y me hago el dormido. Sé lo que quiere hacer. Sé que quiere llamarlo. Aunque espero que no lo haga. Pero también sé que falta poco para *Halloween* y que tiene que llamar.

Antes de telefonar, siempre se detiene un rato junto a mi cama. Para asegurarse de que estoy dormido. Yo intento respirar con regularidad. Incluso ronco un poquito, aunque sin exagerar, porque si no ella se daría cuenta de que estoy fingiendo. He aquí lo que quiero decirle: «Por favor, no llames. Déjalo en paz». Pero es inútil. Y más este año.

Anoche volvió a hacer lo mismo: estuvo un rato dando vueltas de aquí para allá, luego se quedó mirando por la ventana y por fin se detuvo junto a mi cama.

La oí marcar el número. Esa inquietante musiquilla de los teléfonos de rueda. Oí su voz. Primero tranquila, amable. Y después, conforme se iba enfadando, como siempre, más severa.

¿Por qué la escucha? –me pregunto yo—. ¿Por qué no cuelga? ¿Por qué no desconecta el teléfono por la noche? O ¿por qué no lo da de baja?

–¿Y él qué te dice? –le pregunté en una ocasión.

–Nada –contestó ella—. Él escucha y ya está. Aunque casi puedo oírle los latidos del corazón.

Y, sin embargo, anoche la cosa fue distinta. Anoche no se enfadó y al final su voz casi sonaba dulce.